

XX Domingo de Tiempo Ordinario

- Jer 38, 4-6. 8-10. Me has engendrado para pleitear por todo el país.
- Sal 39. R. Señor, date prisa en socorrerme.
- Heb 12, 1-4. Corramos, con constancia, en la carrera que nos toca.
- Lc 12, 49-53. No he venido a traer paz, sino división.

1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

En el camino hacia Jerusalén que Jesús recorre con sus discípulos, exige al discípulo una determinación sincera, tajante y total.

En el Reino de Dios no cabe la mediocridad ni las medias tintas. O le seguimos o nos desviamos por otros caminos. Ante Él hay que decidirse. El Reino de Dios, el proyecto de Dios es lo más importante para el discípulo del Evangelio. Jesús anuncia con pasión el Reino de Dios. Es el ardor con que propone a sus seguidores asumir su vocación de entrega, de “quemar las naves”, de aceptar como lo más importante, con santa obsesión y entrega, el proyecto de Dios, asumido totalmente por Jesús.

El mensaje de Jesús causa, a veces, conflicto: con uno mismo (sus tendencias, ilusiones, planes) y con la familia y los amigos. No es que Jesús pretenda sembrar la división en los vínculos familiares. Sino, quiere resaltar que lo primero es el Reino de Dios, el proyecto de la salvación, porque el único Absoluto es Dios.

La imagen bíblica del fuego no habla de destrucción. Sino que es la fuerza de vida que viene del Espíritu —recordemos que el Espíritu Santo descenderá sobre la Iglesia naciente en forma de lenguas de fuego—. El mismo Jesús ha de pasar por esa prueba terrible. Y sufre la angustia hasta que llegue el momento de la destrucción en su cuerpo, para que la vida florezca.

La afirmación de Jesús «he venido a traer división» no contradice el mandamiento del amor, que Él mismo lo propone como el único. En nada se contrapone con la paz a los hombres, que prometen los ángeles en el nacimiento de Jesús. Jesús viene a establecer entre sus seguidores y entre los hombres la verdadera paz, a pesar de las envidias, codicias, guerras que se dan entre unos y otros. Su testimonio es la prueba más evidente de que Él es el signo de contradicción. Él fue el mártir que se entregó voluntariamente a la muerte para ser el “pacificador” de los hombres entre sí y con el Padre.

La división que indica Jesús es consecuencia de la opción por seguirle a Él. A pesar de que muchas veces la vocación de ser cristiano no es comprendida ni siquiera por los propios familiares, sin embargo, Jesús sigue llamando a la entrega de sus discípulos.

En una sociedad que favorece la muerte de los no-nacidos y de los ancianos, que aplaude el crecimiento injusto de las riquezas en manos de unos pocos, frente a la miseria que sufren muchos ciudadanos, el cristiano está llamado a ser “signo de contradicción” como Jesús. El discípulo de Jesús tiene que estar

dispuesto a sufrir la contradicción constante de una vida entregada a la causa de los más débiles.

2. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios?

La Palabra de Jesús provoca división. Y esto sucede en el interior de la Iglesia, entre aquellos que se afirman como cristianos comprometidos. El modo de llevar a la práctica la Palabra de Dios origina en la Iglesia diversas tendencias, movimientos y comunidades.

Dentro de la Iglesia aparecen grupos que tratan de vivir la fe evadiéndose del esfuerzo social a favor de los marginados y otros que, por el contrario, reducen el Evangelio a una lucha por el cambio social olvidando la mística cristiana. Es difícil mantenerse en un equilibrio entre una fe profunda y una práctica de la justicia social. Es necesaria la coherencia entre fe y vida, oración y acción, compromiso por el Reino y compromiso social. Hemos de vivir el Evangelio dejándonos transformar y transformando la sociedad.

3. ¿Qué le respondemos al Señor?

Señor, con frecuencia me siento débil ante este reto que me presentas con tus palabras y tus acciones. Quiero comprometerme con el Evangelio, con toda radicalidad. Pero, mis fuerzas me fallan y dejo con frecuencia el compromiso asumido.

Señor Jesús, Tú lo diste todo con decisión, sin escatimar ningún esfuerzo ni dar paso atrás. Con tu gracia y tu fortaleza, sólo así, podré colaborar con la misión que me encomiendas.

Que no desfallezca ante esta lucha. Que no quede derrotado. Sé que contigo podré seguir adelante.

Rezaré como Pablo: «Gustosamente seguiré enorgulleciéndome de mis debilidades, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Y me complazco en soportar por Cristo debilidades, injurias, necesidades, persecuciones y angustias, porque cuando me siento débil, entonces es cuando soy fuerte» (2 Cor 12, 9-10).